

LA PAZ ESTA VIVA

Pedro ORTEGA CAMPOS

Pedro ORTEGA CAMPOS

1. La renuncia a la guerra no resuelve los conflictos

Guerra, pobreza, calamidades, estructuran el vivir, confeccionan la vida humana. La guerra se nos ha hecho doméstica, familiar. Cada vez más las nuevas generaciones nacidas en la paz se habitúan a la guerra total, a la globalización belicista del vivir cotidiano. De la guerra-invasión (por intereses políticos) y de la guerra-defensa (por razones jurídicas), se ha pasado a la guerra-necesidad (por una retahila inacabable de intereses económicos). Qué lejana la propuesta de Karl Jaspers: "el fin de las guerras se alcanzaría en un orden jurídico mundial en que ningún Estado poseyera ya la soberanía absoluta, que sólo correspondería a la humanidad organizada en funciones".

1.1. Los miedos del siglo XX

Mientras el *pequeño* miedo de principios de siglo era la naciente tecnología, el *gran* miedo, latente, que recorre por todo el siglo y que es la desertización del hombre. Los *existencialismos* son formas de vida, actitudes vitales y contrapunto gélido ante la impotencia humana frente a la bomba atómica y la guerra total.

1.2. ¿Pero quiere el hombre la paz?

Parece que el hombre busca la paz naciendo entre rechazos y afirmaciones, entre miedos y confianzas, entre negativas y aceptaciones personales. La guerra es una posibilidad, entre otras, de *no-paz*. Guerra y paz no se corresponden. El *hostis* no tiene que ser necesariamente *inimicus*. Guerra y paz son datos incommensurables. Mientras la guerra consiste en una interacción subjetiva-destructiva entre Estados, es decir, entre sujetos no personales, la paz es el lado objetivo de la interacción personal que contiene una exigencia ideal.

"Desde el comienzo de la historia —escribe Mounier— los días consagrados a la guerra han sido mucho más que los consagrados a la paz. La vida de la sociedad es una guerrilla permanente. Allí donde la hostilidad se apacigua, se instala la indiferencia"¹. Con su habitual amargura y realismo, M.J. Larra exclamaba en el año 1835. "¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetillas? No se puede vivir sin instrumentos de muerte! Esto no hace por cierto el elogio de la sociedad ni del hombre... No quiero entrar en la cuestión tan debatida del derecho que puede tener la sociedad de mutilarse a sí propia; siempre resultaría ser el derecho de la fuerza, y mientras no haya otro mejor en el mundo, ¿qué loco se atrevería a rebatir ése? Un ser que como el hombre no puede vivir sin matar, tiene la osadía, la incomprensible vanidad de presumirse perfecto!"². Decía Hobbes que la naturaleza de la guerra no consiste en las luchas actuales sino en la disposición a ella durante todo el tiempo en el que uno no está seguro de lo contrario. Todo otro tiempo es paz.

Cuanto la paz es más urgente, tanto más lábil resulta; cuanto más valorada y prioritaria, tanto más alejada; cuanto más necesaria, tanto más utópica y ucrónica. La paz, valor moral y universalmente querido, queda puesta en riesgo permanente, zaherida en su estructura. Tadashi Kawata decía que "la paz no es un valor monolítico de naturaleza estática. La paz nunca se concretaría a menos que se acompañe por intento de eliminar diversas injusticias sociales como la desigualdad económica o la discriminación racial, y la abolición de viejos males convencionales que afectan a la humanidad"³. Pero "la renuncia a la guerra no resuelve los conflictos".

2. Violencia

Violencia es la invasión forzada del ser. Empuje a destiempo. Violación y violencia tienen la misma raíz. Todas las violencias juntas (económica, política, comercial, social, judicial, bélica, terrorista) instruyen su institucionalización que se autolegitima contra el pueblo y sin contar con el pueblo.

(1) Mounier, E: *El Personalismo*. Ed. Univers. de B. Aires, 1962, pág. 19.

(2) Cfr. Larra, J.M.: *Vuelva usted mañana y otros artículos*. Ed. Salvat, Barcelona, 1982, p. 163.

(3) Kawata, T.: Art. "Investigaciones para la paz". En diccionario de Ciencias Sociales. Tomo II. Inst. de EE. Políticos. Madrid, 1976, p. 459.

La violencia, es decir, la guerra no declarada pero operativa, se ha convertido en un elemento constitutivo de nuestra forma de vida. En nombre de la cultura común nos embrutecemos entrando en el juego de los bloques militares; en nombre de los derechos humanos entramos en el juego del cinismo inevitable, ¡ay! en política. Lo importante no es entrar a prisa y corriendo en la CEE sin referéndum (al revés de los demás miembros), ni quedar en la OTAN con referéndum en contra de las promesas electorales (al revés de los demás miembros). Lo que prevalece es la credibilidad de un partido que se columpia el trapecio del oportunismo, la demagogia, la prepotencia y el hegemonismo. Se hacen razones de Estado a medida.

2.1. Teoría violenta de la naturaleza pacífica

La gran violencia es legitimar la teoría desde la práctica de los hechos consumados así como buscar la paz por la vía de la política disuasoria o el miedo a la guerra nuclear, el desenganche tecnológico eterno, al retraso económico "inevitables" y a la marginación cultural de Occidente.

El estado de naturaleza fue descrito por los teóricos políticos y juristas de los siglos XVII y XVIII como de guerra permanente, de miedo, de inseguridad. Del arranque de un nacimiento igual para todos sale la carrera de la violencia que produce la concurrencia. Nacerá el *contrato social* como compromiso colectivo: cada cual aceptará una violencia moderada a cambio de un palmo de libertad que el uso incontrolado de la violencia podría hacer peligrosa. Hobbes escribe: "Fuera de los Estados Civiles hay una guerra perpétua de cada uno contra cada uno... La Guerra no consiste sólo en la Batalla o en el hecho de llegar a las manos, sino que ella existe en tanto la voluntad de combatir está enhiesta".

Ya se colige que en el estado civil la violencia no ha desaparecido sino que sólo se ha regulado por medio de las leyes; y, por otra parte, la hipótesis de la animalidad del hombre permite el paso de lo natural a lo cultural de lo biológico a la político, de la violencia natural a la violencia de la ley. La agresividad derivada de la violencia es, pues, un instinto natural y social⁴. El Estado, cuya aportación específica es ofrecer

(4) Cfr. K. Lorenz, Tinbergen, Klein, T. Reich, Lagache, A. Lwoff son, entre otros, teorías que se mueven, pero nunca del todo, hacia la bondad o la agresividad natural o social de la naturaleza humana. Schrödinger (*What is life?*): "La reproducción de la vida se caracteriza por la *entropía negativa*. Toda la vida sería una violencia en tanto que destrucción por consunción de una consigna (*entropía*) y producción de un nuevo orden (*entropía negativa*, "orden biológico").

... se adueñe por la violencia no dirá que el resultado sea la paz. La violencia es una garantía objetiva de la paz, la obstaculiza y perturba a menudo a través de disposiciones institucionales. Contra la naturaleza, contra la naturaleza humana es contra quien se levanta el *pacto social*: éste es una solución defensiva, no ideal pero positiva. Es la violencia de la normatividad en virtud de la cual el pueblo ejerce la *voluntad general*. Por otra vertiente Freud la resumirá como la "ausencia de seguridad, un mismo peligro para todos, reúne a los hombres y prohíbe a los individuos el matar, pero se reserva el derecho, en nombre de esa misma justicia, de matar a quien contravenga dicha prohibición"⁵. En tal caso sería el castigo hecho justicia y ley. El Estado dispone de medio violentos o represivos, "violencia estabilizada en la ley", como diría R. Aron⁶. La ley "está destinada a que la violencia esté ausente y que, en la paz social, el rendimiento social alcance el más alto grado posible"⁷.

La violencia procede de la naturaleza contraria de las cosas. En la contradicción el hombre aprenderá a guiar su acción: "la contradicción —escribe Hegel— es la raíz de todo movimiento y de toda manifestación vital". La violencia como negación del presente es la esencia de la historia. El tiempo es violencia. La historia hegeliana es la historia de la contradicción que lleva a la conciencia al Saber absoluto a través de las diversas etapas de la *fenomenología del espíritu*.

La misma contradicción entre el proletariado y la burguesía, por ejemplo, se regula violentamente por el camino de la lucha revolucionaria hasta la eliminación del enemigo: "las contradicciones que oponen a obreros y agricultores contra intelectuales", se regulan por "métodos demagógicos, métodos de discusión, de persuasión, de educación; no se las puede resolver con métodos coercitivos y represivos"⁸. Por eso no es posible la política sin violencia: es una tragedia inevitable. Un mundo sin conflictos es inevitable como lo es un mundo sin enemistad política. A pesar de ello la política debe ser "esfuerzo constante para eliminar la violencia física dar a los antagonismos sociales e individuales otros medios de expresión menos rudos, menos brutales, menos sangrantes"⁹.

(5) Cfr. Freud, S. *L'avenir d'une illusion*, PUF 1971, p. 58.

(6) Aron, R. *Histoire et dialectique de la violence*, Gallimard, 1973, p. 242.

(7) Weil, E. *Philosophie politique*, Vrin, 1952, p. 128.

(8) Cfr. Althusser, L. *Pour Marx*, Maspero, p. 87, 128.

(9) Cfr. Duverger, M. *Introduction à la politique*, Gallimard, 1971, p. 69.

... Hasta la escritura (Levi-Strauss llega a decir que es un medio "para el complot colonialista"), y la alfabetización (violencia simbólica más refinada), la lengua (vehículo que los hombres utilizan para pensar el mundo sin darse cuenta de las barreras que imponen a su libertad; "universo del mundo cerrado", según Marcuse) con su torpe violencia en la propaganda política y en cierta forma de publicidad, y la violencia de los *aparatos ideológicos de Estado*, y la violencia del *cambio*, de la revolución, de la huelga con sus relaciones entre el salario y las condiciones del trabajo (G. Sorel la consideraba como instrumento privilegiado de la lucha del proletariado¹⁰).

2.2. Violenta proliferación de la violencia

En esa irrupción de violencias se encuentra la violencia estallada que es la guerra. Pero hay en ella un *derecho de la guerra* (antes se llamaba *derecho de conquista*), que encarna la decidida voluntad de limitar la violencia que, siendo "injusta en extremo", como decía Kant, posee una belleza sublime, en tanto que una paz prolongada suscita "con el espíritu de los negocios un egoísmo vulgar".

La guerra que es —como decía Clausewitz— la continuación de la política por otros medios¹¹, representa el mejor modelo de violencia "destinada a constreñir al adversario para que haga nuestra voluntad", es decir, busca el sometimiento.

Pero, ¿a partir de qué momento se da la violencia? Puede decirse que no hay violencia más que si se da una voluntad consciente y personal? Sin duda la violencia es un componente de toda sociedad. Bien podría la filosofía poner una cortina y disimular la violencia, pero una reflexión verdaderamente filosófica nos impulsa a atravesarla.

¿A qué detenernos en las muchas parcelas de violencia, de agresividad, incluso institucionalizada, que aunque no entran en el círculo de la guerra nuclear, exigen conductas de pacificación? Desde las pequeñas guerras localizadas y de armas convencionales hasta los barrios llenos de marginados, los medios de difusión monopolizados por dictaduras camufladas de democracia y de democracias enhebradas de dictadura. ¿Un pase, por la izquierda? Si. Pero una democracia secuestrada, no. Esta-

(10) Cfr. Sorel, G. *Reflexions sur la violence*, Rivière, 1972, p. 163.

(11) Cfr. Clausewitz, K. von. *De la guerra*, Ed. Minuit, 1970, p. 756.

mos en una democracia con dictadores dentro: una democracia comprimida.

"Se comprende que la agresividad que anida en la violencia sea sospechosa en el mundo de los valores. Cargada de los impulsos más salvajes del instinto, rica en desviaciones más o menos mórbidas, hace el papel de patán en las regiones nobles del psiquismo. Sin embargo, no es una especie de torcedura, como algunas almas sensibles parecen creer. Sino una forma normal del instinto, como el instinto, a la vez sana en su frente y peligrosa en su recorrido o en sus desbordamientos. Al querer eliminarla, como sueña algún pacifismo que no sólo es doctrina política sino concepción eucenoide de la vida, se fabrican seres vaporosos que, al mismo tiempo que de la violencia, desertan del coraje y de la iniciativa... Las grandes virtudes de abandono y de humildad que predicaban las religiones no son la idealización de una debilidad vital, sino el don libre, generoso, superabundante, de un hombre que se tiene en paz y sano con los hombres que le rodean y con la divinidad que le sobrepasa"¹².

La terapia para controlar la agresividad puede ser contraproducente: no puede conseguirse una eficaz psicoterapia sin axioterapia. Ni puede suceder que una agresividad superada prohíba otras agresividades latentes. La aceptación de que la persona humana es compleja y de que no se desarrolla por etapas sucesivas claras y distintas, y de que los valores ponen en un brete el vivir cotidiano, es una señal de salud psicológica y ética.

3. La "Paz ambigua". Sentido total de la paz

La paz es un término ambiguo. Si se la define como un conjunto de valores (amor, libertad, desarrollo, igualdad, justicia, cogestión, etc.) hacemos de ella una ideología. ¿Quién estaría legitimado para valorar la prioridad de tales valores, o simplemente delimitarlos? Para la elección de tales valores no todos disponemos de un criterio objetivo.

3.1. El entramado de la paz

La paz significaría, en primer lugar, ausencia de guerra o de violencia estallada entre pueblos, grupos o personas, pero que puede ser más bien una paz aparente. Entonces se considera no sólo como una meta sino como un punto de partida frente a una convivencia penetrada irremediablemente de conflictos. No se renuncia a la paz, simplemente se le da

(12) Cfr. Mounier, E. Tomo II. Ed. Seuil. 1947, pp. 561-562.

larga. Pero "la paz no es, en verdad, ausencia de hostilidades... A veces sucede que una nación conserva la paz a impulsos de la apatía de sus súbditos, llevados como rebaño e ineptos para asimilar cualquier rol a no ser el de esclavos. Un país así debería más bien llevar el nombre de desierto que de nación"¹³.

Ni la paz es lo opuesto a la guerra ("ni-guerra" o "ausencia de violencia" o paz negativa) ni tampoco la presunción de unos valores realizados (permanece aun cuando es perturbada o cuando se produce la situación social "guerra").

La paz puede entenderse en segundo lugar como la forma convencional que rezuma una estructura social. No hay una desigualdad endógena en los derechos, en los deberes y en los bienes. Pero se dibujan situaciones en que un orden impuesto arropa injusticias. Frente a dicha concepción, algunas ideologías excusan la lucha violenta por la justicia. Así entendida, la paz es "una situación positiva cuya cualidad es una cierta fuerza de carácter"¹⁴.

Un tercer significado es el de la paz en tanto se vive interiormente por el hombre, es decir, armonía consigo mismo y con los diferentes ámbitos de la creatividad incansante de la persona. Es la *tranquilitas ordinis* de San Agustín. El acomete el estudio de la paz desde una perspectiva esencialista (*De civitate Dei*, Lib. XIX, Caps. 12 al 14): la paz es el fundamento de la existencia de toda cosa singular, de todo ser viviente y de toda comunidad social. Todo lo que existe, existe en paz y desea tener su paz. Hasta cuando algo estuviere pervertido, ha de conservar la paz con alguna de sus partes integrantes. Es la paz "la tranquilidad de su orden no perturbado" (Cap.13); es la estructura específica de un ser viviente. Dicha paz puede ser perturbada pero no destruida, a menos que se aniquele al ser vivo. Tal "tranquilidad no perturbada del orden" no es cuestión ética sino fundamento, lo originario de la existencia; no es tanto un valor a realizar cuanto algo que viene dado. Por eso, hasta la paz injusta puede ser paz (Cap. 12).

La Primera de las armas de la paz anida en la misma *anima* del ser humano, y se afianza o fortalece en un cuádruple e indisociable movimiento:

(13) Cfr. Spinoza. *Traité de l'Autorité politique*. Cap. V. Párr. 4 y 5.

(14) Cfr. Spinoza. *Ibid.*

- 1.º) Hacia el *centro*, o de interiorización y búsqueda de intimidad y de originalidad personales.
- 2.º) Hacia *abajo*, es decir, hacia el mundo, morada del hombre y donde se entretiene la vida; donde se conjuga el "se" despersonalizado y el "yo" personalizado; ámbito en que cohabitán el "dentro" con el "fuera": sin la vida exterior, la vida interior se vuelve loca; ésta sin aquella, delirante¹⁵.
- 3.º) Hacia el *otro*: "el hombre no existe como persona más que en la medida en que existe para otro, y, a la postre: ser es amar"¹⁶. Se afianza la paz creciendo la *armonía* abierta del hombre, cambiando el individuo en persona. El hombre es persona en la respectividad, en la responsabilidad. El hombre está desnudo, desarmado, ante su irresponsabilidad.

Un movimiento entreverado de interioridad y donación genera al "hombre concreto que es el hombre que se da". Por no ser el hombre una realidad del todo hecha, ha de ser abierta, dialógica, relacional, no relativista. Con una actitud creadora, la actividad humana supera el conflicto que cunde en el esquema *acción-pasión* para lograr el consenso que se une al esquema *apelación-respuesta*.

- 4.º) Hacia *arriba*. Es la respuesta a la llamada impulsiva de la transcendencia pero con base en el *otro*: la vía normal para llegar al *Deus-pax* pasa por el hombre (1 Jn. 3,11). La creación divina es de compañía. Las dos preguntas que inauguran la obra de Dios son: "dónde estás" y "dónde está tu hermano". El hombre es hombre —escribe Mounier— por el compromiso.

La paz, como todo orden, no puede brotar más que de la persona espiritual, que es la única que aporta a las ciudades de elementos de universalidad y sociabilidad.

3.2. *La tarea pacificadora*

Todo ese cuádruple movimiento es la paz vivida en su radicalización. El hombre se configura como pacífico con su quehacer personal sobre sí mismo. Nadie podrá sustituirle. El hombre construye la paz desde dentro hacia afuera. En el interior del hombre habita la paz que es condición de la verdad y de la libertad. Cuando tenemos miedo a la libertad y a la ver-

(15) Cfr. Mounier, E. *Le personalisme*. 1949. PUF. 1961. 7^a edición. Pág. 62.

(16) Cfr. Mounier, E. *Id.* pág. 29.

dad, se teme también a la paz. Esta es condición de la libertad como la revolución material condiciona la revolución espiritual¹⁷. El hombre pacífico lo pone todo en cuestión: creencias, opiniones, intereses, fórmulas, adhesiones, hábitos, pertenencias: la ruptura y los rebotes son categorías esenciales de la persona¹⁸. La persona humana construye la paz pacificando sus relaciones: sólo se es verdaderamente pacífico cuando los hombres y mujeres de mi entorno están en paz. La interioridad humana es personalista, es decir, relacional.

Dicha relación se mece en el ámbito del conflicto de los valores. ¿Cómo ignorar los valores de la justicia, de la legítima defensa, de la soberanía nacional? La solución para la paz estriba en una opción para una jerarquía de valores. Ciertamente la guerra de exterminio sólo ha sido dable en nuestros días: la sentimos como una amenaza real; la paz se ha convertido en la compuerta de la supervivencia. Ahora bien, la paz deseada no significa postergación y olvido de la justicia, ni tampoco resignación ante la violencia del poder totalitario. La resistencia activa no está en las alforjas de quienes calificaríamos de pacifanáticos, sino de los pacíficos que viven-en-paz y se organizan para sembrarla en los corazones y en las manos de la tierra.

La *legítima defensa*, camino invocado secularmente para la paz, no es ya una categoría ético-política inalterable. Ni siquiera cuando se la invoca como defensa a nivel de hemisferio o del mundo: porque se hace de la paz el precio de dos hemisferios opuestos donde se compara valorativamente la cuestión *estabilidad política con paz-en-el-mundo*. Ni siquiera el amplísimo foro de las Naciones Unidas es capaz de controlar la fuerza bipolar de los Bloques.

La *Guerra justa* no es sendero para la paz como lo ha demostrado su ineeficacia para limitar al enemigo tanto en su *derecho a la guerra* como a su *derecho en la guerra*. La guerra justa no es justa por no ser razonable y, por lo mismo, no es humana: no se consulta al pueblo, sujeto ético agente y paciente de la guerra, máxime cuando ni pueblo ni gobierno pueden nunca más prever, medir los límites de las consecuencias de su desarrollo. Es imposible la estrategia de la disuasión basada en la *destrucción*.

(17) Cfr. Mounier, E. *Communisme, Anarchie et Personalisme*. Colección de algunos textos publicados en forma de libro de bolsillo por Ed. du Seuil. 1966. Pág. 50.

(18) Cfr. Mounier, E. *Le Personalisme*. (1949) PUF. 1961. 7^a edición. Pág. 65.

ción recíproca garantizada. La paz no es el miedo a la guerra. La guerra es también relación social, aunque anónima, y como tal abriga elementos de paz; no hay guerra sin algún tipo de paz. La no-paz no puede ser total. El opuesto absoluto de la paz es la destrucción o la muerte. La paz es existencia personal que permanece existiendo también cuando es perturbada. La paz se sitúa en la interacción objetiva e involuntaria, no subjetiva y voluntaria; es basamento de la sociedad; es un bien por lo mismo que la interacción objetiva que representa es también un bien necesario para el hombre. De ahí que no sea posible crear la paz sino sólo estimulamos en su conservación evitando toda interacción aniquiladora; la paz no se crea, se restaura. En ello tiene mucho que ver la función política de la sociedad.

3.3. El restablecimiento de la armonía perturbada

El único camino que queda, pues, para no perturbar la tranquilidad es la resistencia activa así como el equilibrio fomentado de la justicia. Esta pasa por la consecución de un "orden" humano integral y de un desarrollo pluridimensional de los pueblos que afecta a la vida política misma. Ni Este y Oesta sin Norte-Sur, ni *primero-segundo-tercero-cuarto mundo*; ni predominio voceador ni exterminio de los hombres sin voz.

La denuncia de la desarmonía establecida debe llegar hasta la misma desobediencia civil a las leyes y a la instrumentación de las dimisiones de cargos públicos, al boicot variado de la huelga en sus diversas modalidades; instrumentando también la creación de programas de producción, educativos, etc. que llevarían a cabo voluntariados preparados y coordinados operativamente merced a los medios de difusión neutrales y exentos de dirigismo gubernamental. Una actividad pacificadora, como diría Mounier, no se olvida, empero, de los instintos de agresividad a los que hay que darles salida si no se quiere fracasar. Lo funesto no es la agresividad sino la pasividad (de quienes no quieren la guerra sino que la aguardan) o debilidad común a todos los pacifistas¹⁹. Agresividad dirigida y no desbordada.

Los pacíficos trabajan para que las prepotencias económicas, sociales, políticas, culturales y armamentistas de los Estados sean puestas al descubierto, desmitificadas; para que el incremento de la convivencia de-

(19) Cfr. Mounier, E. *Oeuvres. Tomo IV. Ed. du Seuil. 1951. Pág. 247.*

je en automático ridículo el empleo de las armas: advirtiendo que "se puede suprimir la esclavitud que resulta de la injusta repartición de las cosas, y mantener la esclavitud, el empobrecimiento a que nos somete la inquietud exclusiva de una instalación dichosa entre las cosas"²⁰.

4. Ni paz a cualquier precio ni una paz cualquiera

Dicía J. Girardi que el "amor engendra el conflicto: esa es la paradoja que debemos asumir teórica, humana y políticamente". Ni ideología de la conciliación a cualquier precio ni ideología del conflicto a cualquier precio. El conflicto no es no-paz sino controversia. La diferencia entre conflicto y no-paz no es cuantitativa sino cualitativa. Aunque todo conflicto aumenta las probabilidades de no-paz, no es porque adquiera dimensiones de no-paz sino porque la interacción social se torna destructiva. Para solucionarlo bastaría eliminar la materia del conflicto o la enemistad. El diálogo a toda costa es nube de verano en una sociedad dirigida por gobiernos que todo lo preveen y calculan. Es poco probable que los deseos de los individuos coincidan sin conflicto con el interés colectivo: "la ley de la acción política —escribía Julien Freund— es esencialmente la ley del conflicto, de la lucha por el poder; éste, al no ser compartido, es objeto de competitividad; por esa razón, la relación amigo-enemigo es una categoría irreductible de lo político". Sólo asumiendo la dialéctica del conflicto inevitable se esquiva el peso pesado ideológico de la recurrencia incondicional al diálogo. Es verdad que a través del diálogo se llega al ser de las cosas. Pero de un diálogo no forzado sino espontáneo y necesario a la vez, emergiendo de la razón-que-quiere-poner-en-común.

4.1. ¡La paz no tiene precio ni se vota!

Hay todo un chantaje con la paz que, por eso mismo, es precaria: "no a la muerte nuclear", "la neutralidad es imposible". En vez de remover la tierra para la siembra, despejan sobre ella nidos viperinos. Hay otras formas de muerte; las que instrumentalizan al hombre o le aniquilan en la vida diaria, la anulación de vida espiritual o de posibilidad de consenso. Si se rechaza el derecho *en y como principio*, no es la paz lo

(20) Cfr. Mounier, E. *Oeuvres. Tomo II. Pág. 566.* También puede consultarse su obra *Personalisme et Christianisme. Pacifistes ou Bellicistes. Les Chrétiens devant le problème de la paix* (escrito el año mismo de su movilización para la II Guerra Mundial, 1939).

que irrumpen como principio, sino la ausencia de todo principio, porque todo implica el derecho y se formula desde él.

¿A qué suena la promoción de un referéndum-esquizofrenia en nombre del miedo, del trauma de unas "consecuencias imprevisibles"? Suena a majadería de reconversos y totalitarios pacifistas que usan al pueblo como parcela privada y reclaman el consenso como máscara y taparrabos de sus errores en cascada. ¿Pero qué paz, a qué precio, se nos ofrece por quienes solicitan nuestro "sí" en nombre del "interés" de España? "El pueblo quiere saber cuándo mienten: si antes o ahora". ¿Por qué desestimar el voto? ¿A qué minusvalorar el Parlamento? No a la paz a cualquier precio ni a una paz cualquiera. No al conflicto a cualquier precio que impida un conato institucional de concertación con la masacre avisada de terroristas y jefes zuecos clandestinos.

4.2. "*Paz! Croan todas las ranas de nuestro charco*"

La paz no es meta sino condición de la vida. Pero todo lo que es condición de la vida es también vulnerable. Por eso, defender y conquistar la paz es un irrenunciable para la supervivencia. La paz del hombre no es la "serenidad moral de los bóvidos", ni la animalidad ni el nihilismo. La paz del hombre consigo mismo, vertebrada desde la relación con los demás hombres, le traspone a la divinidad.

Pero el hombre no decide por la paz o la muerte, sino por cuál será la paz por la que prefiere (si decide es porque goza de alguna) luchar. El precio de la paz es el esfuerzo por un modo de vivir la propia dignidad. No puede hacer una paz perfecta: paz e imperfección coinciden. La paz mundana tiene severos límites²¹. Los filósofos políticos nos dieron una pista en su enzarzamiento intelectual sobre el *pacto social*. La misma política de *Bloques* no es mera guerra fría sino tensión de búsqueda de una paz ideal que nunca llega porque sus líderes y seguidores no la poseen. El derecho no puede permitir a los *Bloques* contendientes el reconocerse como centros irreductibles de decisión a no ser que ofrezcan ambos a cambio la justicia que exige que se dé a cada hombre lo que le es debido. Y no sólo le es debido al hombre la paz nuclear, sino el derecho a reclamar y elegir su paz, la paz total que pasa no sólo por el desarrollo sino por los derechos del hombre²¹. "Cuando decimos que el mejor Estado es aquel en el que los hombres viven en la concordia, queremos significar una vida

(21) Cfr. Marion, J.L. "El alma de la paz. A propósito del pacifismo". Rev. Communio Septiembre-octubre, 1985. Madrid. Págs. 470-487.

en el que los hombres viven en la concordia, queremos significar una vida humana, sobre todo, por la razón: y verdadero valor y verdadera vida del espíritu²².

Un buceador de la paz como Miguel de Unamuno exclamaba en el año 1905²³: "¡Paz!, ¡Paz!, ¡Paz! Croan a coro todas las ranas y los ranacuajos todos de nuestro charco.

¡Paz!, ¡Paz!, ¡Paz! Si, sea, paz, pero sobre el triunfo de la sinceridad, sobre la derrota de la mentira. Paz, pero no una paz de compromiso, no un miserable convenio como el que negocian los políticos, sino paz de comprensión... Raza de víboras la de esos que piden paz! Piden paz para poder morder y roer y empozostrar más a sus anchas".

5. Ni pacifistas ni pacifanáticos

El pacifismo es una conquistadora ideología en que se mezclan el milenarismo socialista y el milenarismo cristiano. Profundamente antioccidental, transforma al Cristianismo en una especie de Budismo que desearía hacer de las Bienaventuranzas una receta de irresponsabilidad política. El pacifismo quiere la paz a toda costa, a cualquier precio. El pacifismo termina en pacifanatismo.

Pacifismo y pacifanatismo son formas disimuladas de agresión. Mientras hermosean un no rotundo a la guerra y a la violencia, con palomas de paz en las manos y en sus pancartas, se reservan el derecho de admisión. Son formas camufladas del desarme al servicio de uno de los Bloques imperialistas. Se parecen demasiado a una tesis dogmática que propone un ideal inalcanzable por no saber estar en la realidad política.

El pacifismo es una estrategia permanente de conquista, emplea una táctica segura, disolvente y con mayor capacidad de penetración que el mismo terrorismo. Nacido entre los siglos XIX y XX, Stalin lo convirtió durante la guerra fría en arma revolucionaria. El pacifismo identifica la paz con el antiamericano; siente que tiene ya en sus alforjas la verdad y la paz y, sin embargo, se muestra torturado por "todo o nada"; confunde el "candor profético" del que hablaba E. Mounier con la beatería.

(22) Cfr. Spinoza. *Traité de...* Ob. cit. Cap. V.

(23) Cfr. Unamuno, M. de *Vida de Don Quijote y Sancho*. Editorial Espasa. Madrid, 1981. Pág. 105.

Pacifismo y *no-violencia* acunan una confusa apreciación de la paz como quehacer popular y político muy complejo. Pero el ideal de la paz no se enmarida con simplificaciones demagógicas ni sueños poéticos ni estrategias políticas que acaban en la violencia por cuanto transportan afán de Poder a ultranza.

Hay un litigio por la paz que procede de la proporción entre fines y medios, y del olvido de que la realidad es un empedrado de valores a menudos contrapuestos. El origen de los movimientos pacifistas (incluidos algunos ecologistas), asienta en un conflicto real de valores. Hay grupos de pacifistas que emplean los métodos políticos y militares en sus esquemas: persuadir-disuadir, eficacia validez. Otros grupos prefieren incluso el armamento como medida eficaz y rápida de acabar con las armas: se trata de un no a las armas desde las armas. El utopismo y la inmoral desproporción de los medios bélicos acaban en un sospechoso maridaje.

Todavía un tercer grupo de pacifistas renuncia, de entrada, a los medios violentos mientras aceptan el *desorden* establecido y fomentan una insostenible tensión entre la justicia y la paz, la paz y la libertad. La *legítima defensa*, o la *guerra justa*, la lucha por la justicia y la disuasión, representan modelos tensionales que les induce a una preferencia de valores. En el fondo se niega la paz porque no puede coexistir con tantas divergencias y se convierte en un cabildeo de conveniencias o de condiciones puntuales.

Todo un conflicto de valores se entabla a nivel del pensamiento y a nivel de la acción. A *nivel del pensamiento* se afirma el carácter provisional y a la vez absoluto de un valor: no implica que sea universal en el tiempo y en el espacio ya que distintas situaciones y circunstancias pueden sugerir otro valor diferente. A *nivel de la acción* la estructura de valores que vive una comunidad está jerarquizada: en un momento determinado se otorga una prioridad a un valor sobre otro. Innovar y corregir se convierten en los parámetros de la dinámica social. Baste pensar, por ejemplo, en el cambio de la mentalidad natalista *sobre todo* frente a la *paternidad responsable*, o las antiguas motivaciones de los Cruzados frente a la actual doctrina de la libertad religiosa, o la valoración de la tecnología que deteriora la naturaleza frente a la naturaleza que los ecologistas defienden ante la invasión tecnológica.

Los pacifistas son injustos. Denuncian que Europa es víctima de la política de Bloques y se olvidan de que es también beneficiaria, desgra-

ciadamente, de un orden internacional injusto (potencia monetaria, venta de armamento, etc.). Alternan programas de defensa y fluctúan entre la propaganda y cierta utopía. De ellos decía Mounier: "Cuando se habla de corrientes pacifistas, de movimientos pacifistas, de propaganda pacifista, a duras penas se piensa en ellos: los cementerios y las prisiones les hacen mala publicidad. Invocan campañas y grupos de opinión. Todo acontece entre ellos... a nivel de las ideas, del corazón, de los nervios y de los labios"²⁴. Decía Mounier que "Si la ideología pacifista no cuaja ni influye en la historia, es porque se pierde en imaginar un *estado* de paz, en lugar de hacer los *actos* de paz requeridos hoy por el mundo tal como va: y, ante todo, liberar las personas y las comunidades de la opresión conjunta del dinero y del Estado" (*Manifiesto...*).

5.1. *El pacifismo made in Spain*

En España, donde el pacifismo a poco se convierte en "Marchas a Torrejón", se dan tres parcelas en que la construcción de la paz tiene todo un camino por delante: la paz en Euskadi, la paz del Orden Público, la paz de las fuerzas políticas-judiciales-sociales que se sienten marginadas, silenciadas, frente a la prepotencia gubernamental que destila una democracia comprimida, aherrojada, con resabios de dictadura: instituciones democráticas, sí, pero a la imagen y semejanza gubernamental. Cien años de historia, diría Mounier, pueden hacernos correr cien años de aventura²⁵. Se podría escribir sin pasión y abundantemente bajo este epígrafe: *España como problema bélico*.

Los movimientos pacifistas españoles basulan entre el desencanto de algunos partidos y la ideología de Izquierda (desde los que incluyen la libertad y el desarme de los dos Bloques en sus programas —ya se ve que *cambian* cuando llegan al poder!—, hasta los que se prescinden de la libertad como meta y pregnan el desarme unilateral del Bloque Occidental). Contamos también con pacifistas que animaban la violencia en el régimen anterior (la llamaban *violencia de respuesta*), el derecho a la rebelión en legítima defensa (y en el momento actual nada es legítima defensa; en los años 60 o 70, todo era) y llegan a excusar alguna sangre! Es todo un *cardiotropismo* de la paz: claroscuro de paz y violencia, no-paz.

(24) Cfr. Mounier, E. *Oeuvres*. Tomo IV. Ob. cit. "Les équivoques du pacifisme". Página 241.

(25) Cfr. Mounier, E. *Oeuvres*. Tomo IV. Ob. cit. pág. 246. Puede verse también *Filosofía política de la España Inmediata* (1985), Pedro Ortega Campos. Ed. propia.

5.2. Oido, visto y escrito...

"Tenemos problemas graves que entrañan una seria amenaza de discordia civil", "En España hay guerra aparente... aparecen amenazas contra la paz... Injusticia, tensiones, ideologías intolerantes... Los políticos viven lejos de la realidad cotidiana". "Estas primeras semanas del año (1986) no tienen un aire alegre y optimista... dan la impresión de que muchos están confusos, desilusionados, casi acobardados". El abuso del poder es tan injusto como inmoral. Montesquieu muerto, ha resucitado Maquiavelo: el nuevo *Príncipe* es el Gobierno con su presidente que sube por las escaleras del *mito*. Aunque no estemos en estado de guerra civil, difícilmente podemos afirmar que haya *orden no perturbado*. La honradez pública es slogan y la mentira se legitima cuando rellena los mitines electoralistas. Los recursos públicos de la información son puestos al servicio del Gobierno. Los debates parlamentarios ponen en el alero, no ya problemas políticos, sino el problema moral de la credibilidad del hombre por la pérdida de fe en la palabra. Si no basta el texto de la Constitución, tampoco basta la "palabra de honor". Hacen falta garantías efectivas. No queda poder-fuerza-autoridad de la palabra humana: todo ha sido secuestrado por el *mando* político que ha galvanizado la palabra del hombre. Hay pérdida de ideales y de valores éticos socialmente compartidos.

6. ... Solamente pacíficos

En el terreno estrictamente político, dejando a un lado el detalle de las tácticas, el problema principal es el de saber si hay una técnica específica de la actividad pacifista, relativamente separable de las demás formas de postura política, o si, mal que bien, existen hoy tantos pacifismos como partidos. Algunos movimientos por la paz parecen haber contemplado mancomunadamente que las estructuras de la acción pacifista son las mismas de la política general, y rechazan toda disociación de hecho²⁶.

Los hombres pacíficos saben eludir bien la laboriosidad del lenguaje de los pacifistas. Las humanísimas palabras de paz, justicia, libertad, pueblo, derecho..., están siempre en sus labios. Estamos inundados de fraseología, de frases fuertes en fórmulas intelectuales que rebasan los confines de la realidad aludida en ellas. La frascología, diría Ortega y Gasset, es el utopismo empleado como método intelectual.

(26) Cfr. Mounier, E. *Oeuvres*. Tomo IV. Ob. cit. Págs. 252-253.

El hombre pacífico, sin embargo, puede cambiar las "vigencias colectivas" bélicas por la convivencia. De ahí surgirá el derecho que articula esa puesta en común de la vida humana que con razón se llama *la paz*. El pacifista vive en la ilusión-error; el pacífico fondea en la ilusión-esperanza, en el *como si* de la paz. El hombre pacífico ha superado los regímenes y formas de gobierno, incluso la democracia que es "pura forma jurídica, incapaz de proporcionarnos orientación alguna para todas aquellas funciones vitales que no son de derecho público, es decir, para casi toda nuestra vida; al hacer de ella el principio integral de la existencia, se engendran las mayores extravagancias"²⁷.

6.1. Hacer posible que la paz viva

Una exigencia para la paz es la superación de la democracia centralizada y controlada por otra que sea participativa y descentralizada. La voluntad política del pueblo ha incrementado sus necesidades que son, cada vez más, cualitativamente diferentes de las que surgen en las democracias representativas que, con su principio anquilosado del poder político único, reducen al Pueblo a sujeto pasivo *in-significante*. Cada vez menos el Poder político puede atender, pese a su prepotencia y recaudación desesperada de recursos, los legítimos intereses del Pueblo. Hay que buscar una legalidad diferente en cuanto al uso del Poder. La policía, las diversas inspecciones públicas existentes, la coincidencia en un punto de los tres poderes clásicos y el monopolio de algunos medios de comunicación atisban la impotencia del sujeto del Poder y la lenta sustitución insoslayable del autoabastecimiento popular²⁸.

Queremos la paz y el desarme. Pero pensamos que por imperfecta que sea Europa, merece ser defendida enteramente como sociedad abierta que es. Independiente. Los soviéticos no negocian más que con *partenaires* tan firmes, lúcidos, fríos y duros como ellos.

Querer la paz, hoy, es aceptar los riesgos restringidos del equilibrio

(27) Cfr. Ortega y Gasset, J. *El espectador*. Alianza. Madrid, 1980. Pág. 33.

(28) Cfr. Torre, J. de la Art. "Los caminos de la paz: valoración crítica de las distintas opciones por la paz". Rev. *Comunicio*. Sep-Octubre, 1985. Madrid, Pág. 445.

y, a más largo plazo, pensar y querer a Europa entera²⁹. No hay que tener miedo: los humanistas sinceros, cristianos o no, saben que la vida terrena no es más que una etapa, un eslabón en nuestro camino hacia el fin. Tan violentos son los *goulags* o las dictaduras de América Central o el Capitalismo salvaje: unos y otros son el despotismo totalitario. Los totalitarismos llaman a la guerra, paz. Ante el peligro nuclear y totalitario, los pacifistas desechan el primero. Los pacíficos no quieren ninguno. Lo que hay que poner a salvo no es la paz, sino al hombre, a la persona humana. Lo que hay de agresividad en la persona se pone enteramente al servicio de la construcción de la paz.

Para el pacífico, la paz no es realidad pasiva o inerte, sino activa dinámica. El orden de la paz se apoya en el orden jurídico natural. La paz, no como engaño sino como ilusión, no es debilidad sino fuerza del derecho; no es inhibición sino *resistencia activa*; no es ausencia temerosa sino presencia mantenida en el "orden"; no *paz negativa* o no uso de la violencia para la resolución del conflicto, sino *paz negativa* o puesta en marcha de las condiciones para unir a la sociedad humana en una empresa cooperativa a escala mundial. Si la sociedad humana estuviere cada vez más interesada, los caminos de resolución de la guerra sin recurrir a la guerra serán cada vez más factibles.

Sólo cambiando el carácter humano (y sólo se cambia si se le acepta) será posible la paz. Si sufrimos y nos damos cuenta de ello; si reconocemos el origen de nuestro malestar; si potenciamos nuestra agresividad, canalizándola; si reconocemos que existe una manera de aliviar nuestros conflictos interiores, a saber, cambiando las formas de *tenencia* por la existencia, sintiendo la alegría de dar y compartir ya que ni la cosa ni el *poder* son sagrados; desarrollando el juicio crítico y la capacidad de donación y de gratuitud de la vida; aceptando la disciplina y el respeto a la

realidad (quienes no se hartan de esperar, triunfarán si no realistas); rechazando la educación y la propaganda como armas arrojadizas de la manipulación política; sustituyendo el *espíritu de descubrimiento* por el afán de acaudalamiento armamentístico; eliminando la brutalidad e incitando al *amor como conspiración*.

Habrá que revolverse contra la dama, resistir a la opresión, rechazar el envilecimiento: es un privilegio innegable de la persona; no es lo mismo compromiso voluntario y desinteresado que encarrilamiento despersonalizante o proselitismo barato³⁰. La ley y la conciencia no siempre coinciden; la paz y la limpieza del corazón, sí. Para la paz, seguiremos luchando en paz.

*

(29) Juergen TODENHOEFER, portavoz parlamentario para el desarme, afirmaba en Bonn (12-VIII-85) que la Unión Soviética cuenta con un potencial de armas químicas ochenta veces superior de los Estados Unidos; y con ochenta y cinco mil hombres adiestrados a tal efecto frente los siete mil con que cuenta los Estados Unidos. Recuérdese que Rusia no consintió firmar el Primer Convenio Internacional contra el empleo de gases químicos y bacteriológicos suscrito en Ginebra en 1925. Y han rechazado sistemáticamente las ofertas de Occidente para un acuerdo prohibitorio sobre dicho sector armamentístico.

(30) Cfr. Mounier, E.; *Le Personalisme*. (1949) PUF. 7.^a edición 1961. 71. 113.